

RESEÑAS



Frank A. Knapp, *Sebastián Lerdo de Tejada*, 2a ed. en español, México, Universidad Veracruzana, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Secretaría de Educación Pública, 2011, 491 p.

Ulises Iñiguez Mendoza*

Universidad de Guadalajara

SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA, UNA REEDICIÓN IMPRESCINDIBLE

Sebastián Lerdo de Tejada, “que fue la inteligencia detrás del empecinado valor de Juárez, durante la época de la intervención francesa”, destacadísimo liberal y orgulloso nacionalista, quien ocupó los más diversos cargos públicos hasta la primera magistratura, “es, de muy extraña manera, uno de los patriotas y estadistas olvidados de México”. Con estas sugerentes palabras inicia el historiador norteamericano, Frank A. Knapp Jr., la biografía política de un personaje fundamental en la historia de la Reforma mexicana. Frank Knapp se doctoró en la Universidad de Texas en Austin, en 1950, con una tesis titulada *A Life of Sebastián Lerdo de Tejada: A Study of Influence and Obscurity*; muy celebrada, al año siguiente y con el mismo título fue publicada por la propia Universidad de Austin. Once años después, en 1962, la Universidad Veracruzana la tradujo al español y desde entonces no había sido reeditada. Por fortuna, casi medio siglo después, está de nuevo disponible bajo el mismo sello universitario en coedición con el INEHRM y la SEP.

La riqueza y diversidad de fuentes resalta a través de la obra: numerosos archivos (varios de la propia Universidad de Texas), periódicos mexicanos y norteamericanos y un buen número de autores contemporáneos. En su intento por acercar al lector a una figura que en 1951 –y en buena medida todavía ahora– permanecía en una especie de limbo historiográfico, se advierte en Knapp una voluntad reivindicadora tan excesiva que termina afectando su objetividad, pero no su vigencia. En efecto, a la posteridad de Lerdo de Tejada le afectó desproporcionadamente el que su periodo presidencial se encontrara entre dos de las

* ulinme@hotmail.com

más extraordinarias figuras de toda la historia mexicana: Juárez y Díaz. Apenas si es necesario recordar la abismal diferencia en libros, artículos y trabajos de toda índole publicados sobre ambos en relación con la muy escasa bibliografía que se ha ocupado de don Sebastián (otro tanto ocurre con el cine y la televisión). No en balde, Daniel Cosío Villegas titula su reseña del libro en inglés, “Sebastián emparedado”.¹ No es sólo que la obra de Knapp resulte en verdad sobresaliente; mientras que las publicaciones sobre don Benito y don Porfirio siguen multiplicándose en los últimos años, ¿existe sobre Lerdo otro trabajo reciente tan concienzudo como el que emprendió en su momento el joven historiador norteamericano?²

La primera de las virtudes del texto es acercarnos al biografado con tanta prolijidad como las fuentes, muy escasas en algunos periodos, lo han permitido; es un hecho bien sabido que su vida familiar y personal resulta especialmente oscura, y durante largos tramos casi del todo desconocida.³ El personaje gozó en vida de una bien ganada fama de tiránico, altivo, orgulloso y distante, y casi con certeza debe haberse sentido satisfecho de no alimentar el morbo de la prensa de su época —que tan salvajemente lo atacó— al ocultar a todo mundo su vida privada. Pero no es éste el único factor determinante en esas zonas incógnitas de su trayectoria; como a pedido expreso del mismo Lerdo de Tejada, ciertos archivos escolares que hubieran brindado valiosos datos se perdieron para siempre.

Veintidós años estuvo vinculado al prestigioso Colegio de San Ildefonso, de donde egresó para convertirse en catedrático y luego en su rector durante 11 años, de 1852 a 1863; como estudiante, ahí conoció a José María Iglesias y a Manuel Romero Rubio, quien en la década

¹ Daniel Cosío Villegas, “Sebastián emparedado”, en *Historia Mexicana*, núm. 2, vol. iv, octubre-diciembre de 1954, 265-274.

² No, hasta donde tenemos noticia, e incluso las reediciones de la bibliografía contemporánea de Lerdo de Tejada se encuentran agotadas o son casi inaccesibles, como la *Historia de la Administración de D. Sebastián Lerdo de Tejada*, de Vicente Riva Palacio, aparecida en 1875 y reeditada por la Fundación Miguel Alemán en 1992. Esta edición facsimilar incluye un interesante y equilibrado prólogo de Alejandro de Antuñano.

³ ¿Y el hombre —se pregunta el historiador— durante el periodo como rector de San Ildefonso? “Al igual que durante toda su vida esas facetas más íntimas permanecen escurecidas, opacas y desconcertantes” (p. 60).

siguiente se convertiría en uno de sus hombres de confianza (y, a juicio de Lerdo, en el mayor traidor imaginable, al abandonarlo para incorporarse al victorioso carro del porfirismo triunfante). Tras algunos escarceos poco significativos a fines de los años cincuenta, su inicio “a fondo” en la política mexicana ocurre como diputado federal en 1861 y luego, al lado de Juárez, como uno de sus ministros indispensables —*el indispensable*, quizá— a partir de 1863, en que se inician sus cuatro años de errancia, junto al hombre de Oaxaca e Iglesias. A la muerte de aquél, tras algunos meses de interinato, es elegido presidente constitucional; siempre dentro de los límites de la accesibilidad de las fuentes, Frank Knapp nos ofrece un minucioso y riguroso análisis de cada periodo, hasta el último y más oscuro: el largo exilio neoyorkino de doce años, que comienza unos meses después de su derrocamiento y termina con su solitaria muerte (1877-1889); Sebastián Lerdo de Tejada nunca se casó.⁴

De los muchos aspectos que el autor valora como positivos —la inmensa mayoría— en la trayectoria de Lerdo, su férrea postura nacionalista para desbaratar el Tratado Wyke-Zamacona (noviembre de 1861) es uno de los más relevantes y quizá de los más irreprochables, por su inflexibilidad para no ceder jamás una pulgada de territorio nacional (debilidad a la que eran afectos la gran mayoría de sus correligionarios, de Juárez para abajo). El mismo Knapp la valora como “la característica más vigorosa de su carrera”, y así lo confirma una breve revisión de la conducta y la política seguidas por el personaje en este tema tan escabroso, el de las cesiones de territorio y las diversas concesiones a los Estados Unidos. Ya en los albores de su carrera política, a fines de 1856, ocupando durante apenas tres meses la Secretaría de Relaciones Exteriores, tuvo que enfrentar una disputa con España y luego las ambiciones del agresivo embajador estadounidense John Forsyth, quien pretendía realizar “un ajuste” en la frontera y obtener derechos de tránsito por Tehuante-

⁴ José Fuentes Mares, en *Don Sebastián Lerdo de Tejada y el amor*, México, FCE, 1972, recopiló las 61 cartas que “el inaccesible solterón” le escribiera a Antonia, hermana de Manuela Revilla Zubia, jovencita de la buena sociedad chihuahuense de quien aquél se enamoró durante una de las estancias en Chihuahua, en los avatares de la “República nómada”. Las cartas a la probable cuñada tenían la intención, a fin de cuentas infructuosa, de que intercediera por él ante Manuela.

pec. Lerdo de Tejada y el entonces presidente Comonfort se negaron de modo terminante. Esa firmeza parece haberse mantenido incólume, como lo prueban las instrucciones giradas por Lerdo al embajador en Washington, Matías Romero, en diciembre de 1864: no se celebraría jamás convenio alguno que pusiera en peligro la integridad del territorio nacional. Uno se pregunta si habría existido el Tratado MacLane-Ocampo de haber estado Lerdo de Tejada en ese mismo cargo.

Como estudio de carácter y aún como pieza literaria, me parece que la narración de los cuatro años de trashumancia y resistencia del triunvirato de Paso del Norte—Juárez, Lerdo e Iglesias—, descritos en el capítulo VII, “La República nómada, 1863-1867”, constituyen otra aportación esencial del libro: la celebrada inteligencia de Lerdo y la tenacidad sin fisuras de Juárez—un criollo sin mezcla racial, un indio de raza pura— se conjugan admirablemente y, según lo hicieron notar sus contemporáneos, aquél pasa a ser en buena medida la eminencia gris de éste, el principal consejero, el respaldo y la influencia indispensables. Sobre todo, durante los meses en que encontraron refugio en Chihuahua, entre la desolación y las penalidades, la constante zozobra y las deserciones, esa intimidad permitió a Lerdo obtener el ascendiente sobre Juárez. Tal asociación habría de resultar recíprocamente ventajosa, y no por nada habría de prolongarse después de 1867; sin embargo, no le falta razón a Knapp cuando afirma que “Juárez fue el único que recogió la cosecha histórica de la gloria”. Extremando la reflexión, llega a preguntarse quién habrá sido en verdad el *alter ego* de quién. Y uno puede también cuestionarse si Lerdo habrá quedado a deberle a Juárez una colaboración tan eficaz como la que su ministro llevó a cabo—gracias a sus brillantes y tortuosas maniobras, tanto legales como legaloides—, hasta controlar y anular las ambiciones presidenciales de González Ortega.

Al abordar los temas cruciales durante el mandato lerdista: economía, obra legislativa (constitucionalización de las Leyes de Reforma, restablecimiento del Senado), y relaciones exteriores, el historiador logra poner en claro que el desarrollo económico espectacular que constituiría uno de los timbres de gloria del porfiriato no empezó de la nada (es decir, a partir del ascenso al poder de Díaz). Don Sebastián, pese a las acusaciones generalizadas de indolencia e inacción que una prensa

demasiado libre le endilgó incontables veces, habría puesto las bases. Suele olvidarse que fue él quien logró el primer avance sustancial en el tendido de líneas telegráficas, y que a él y a Juárez debe acreditarse la apertura, en enero de 1873, del primer gran ferrocarril mexicano, el México-Veracruz (una inauguración largamente apoteósica, quizá el momento más feliz del lerdismo). Knapp menciona asimismo los pocos kilómetros de vías férreas construidas durante el primer cuatrienio de Díaz, única manera de establecer una justa comparación con el cuatrienio de Lerdo. Pese al enorgullecimiento de los historiadores porfiristas, éstos no toman en cuenta “la experimentación esencial realizada por Juárez y Lerdo durante los años transcurridos desde 1867 hasta 1876”.

No obstante, creo que el autor termina rebasado y deslumbrado por su personaje al acometer la empresa de reivindicarlo para la historia, ya sea por falta de ecuanimidad o bien por no haber trabajado en los archivos que le hubieran permitido desengañarse en torno a algunos de los más cuestionables aspectos de su presidencia. En particular, al haberse sometido a una profunda revisión la época de la República Restaurada, con lo que han emergido las facetas más criticables del liberalismo, varias conclusiones no parecen sostenibles. Así, para Knapp, salvo Tepic en 1873, “y la agitación religiosa en Michoacán, en 1875, ninguna insurrección echó a perder el periodo presidencial de Lerdo”, hasta que estalla la rebelión de Tuxtepec; por el contrario, sabemos desde hace tiempo que un profundo descontento y numerosas insurrecciones populares llenaron de zozobra los regímenes juarista y lerdista. En esa misma línea, tal vez porque adopta la perspectiva de los liberales de la época, el historiador sólo acierta a considerar a Manuel Lozada como “un cacique indio bárbaro” de legendaria crueldad y que comandaba una “horda cobriza”; pero no menciona en absoluto la rai-gambre agraria de su rebelión. Por lo demás, pese a todas las medidas anticlericales y antirreligiosas implantadas por don Sebastián, el historiador asevera: “en realidad, había muy poco de anticatólico en la política religiosa de Lerdo”.

Ese desbordamiento pro-Lerdo es demasiado evidente y se incrementa al avanzar la lectura. Por ello al autor le parece “inconcebible que un hombre que le dio a México su primer gran trago de paz, servido en copa de tolerancia y liberalidad”, haya sido “históricamente liquidado”

a partir de unas pocas frases acusatorias. Incluso elogia la efectividad con la que controló los estados, al llevar a un punto extremo el gobierno centralista, “con un juego excelente de excusas y ficciones legales”. En fin, “México no apreciaba sus libertades y no las habría de apreciar mientras Lerdo fue presidente”, enfrentado a una oposición torcida y deformante, que dejó funcionar a ciencia y paciencia, gracias a su espíritu genuinamente liberal. En los capítulos finales del libro se multiplican los párrafos abrumadoramente elogiosos para un hombre cuya presidencia “fue probablemente el régimen más tolerante y liberal que México haya conocido”.

Alicia Civera Cerecedo, Juan Alfonseca Giner de los Ríos, Carlos Escalante Fernández, coords., *Campesinos y escolares, la construcción de la escuela en el campo latinoamericano, siglos XIX y XX*, México, El Colegio Mexiquense, Miguel Ángel Porrúa, 2011, 536 p.

Valentina Torres Septién Torres*

Universidad Iberoamericana, ciudad de México

EDUCAR EN EL CAMPO. DOS SIGLOS FRENTE A LA DESIGUALDAD SOCIAL

Hablar del campo, de campesinos o de lo rural es hablar del hombre y su medio, sus relaciones y actividades, con la salud, la vivienda, los servicios básicos indispensables y necesariamente con la educación. En América Latina, los estudios sobre lo rural y, más concretamente, sobre la historia de cómo los campesinos se han convertido en escolares en cada una de sus comunidades han sido temas poco trabajados. La anterior generalización no implica desconocer los esfuerzos y el compromiso académico de algunos centros de educación superior de esta región del continente con el estudio de la educación rural en Latinoamérica.

* valentinatorresseptien@gmail.com

Si bien, la historia de la educación llegó tarde como objeto de interés para los historiadores, el estudio de la educación rural lo ha sido más aún, pues, no fue sino hasta finales de los años sesenta del siglo pasado cuando este tema se empezó a trabajar en Latinoamérica, debido, en parte, a una falta de fuentes confiables. Todavía en nuestros tiempos, como bien lo señala Alicia Civera en la introducción al texto titulado *Campeños y escolares, la construcción de la escuela en el campo latinoamericano, siglos XIX y XX*, “todavía existe un déficit en este asunto para que la educación [...] la escuela deje de ser [...] un tema marginal dentro de la historiografía”. Esta reflexión nos sitúa en un presente, en el que, a pesar de los esfuerzos incuestionables realizados en casi todos los países latinoamericanos, la tarea sigue aún inconclusa no sólo en los avances educativos en el medio rural, sino también en el conocimiento de su desarrollo, como lo señala Civera.

En general, los criterios que predominan en las discusiones de tipo académico en relación con el estudio del campo se inscriben en los temas de tipo demográfico, de la infraestructura material y social, de la predominancia de lo urbano sobre lo rural, de la industria sobre la producción agrícola; desde una perspectiva social destaca el campo como un espacio de vida donde se construye una forma de cultura, una historia propia y una forma de vida y de ser distintos de la urbana. Los conceptos de “lo rural” y “lo urbano” no existen en sí mismos como realidades objetivas, sino que son construcciones sociales e históricas configuradas a partir de características que se han denominado como urbanas o rurales, aunque nunca se encuentren en forma pura en un solo espacio social.¹ No obstante, y a pesar de pertenecer a una misma realidad social, lo rural ha sido sinónimo de atraso, de tradicionalismo y autarquía como opuesto a lo moderno, lo racional, lo abierto. Por ello, al hablar del campo se está delimitando un contexto de vida diferenciada y excluyente: se está frente a una sociedad contrapuesta a la urbana. En las investigaciones que se han realizado a la fecha, los discursos y las prácticas se construyen alrededor de lo rural y el desarrollo

¹ A. Franco, “¿Espacios rurales, pobladores o prácticas rurales? Chacay Oesta y su área de influencia”, citado por Nelly del Carmen Suárez Restrepo *et al.*, “Lo rural. Un campo inacabado”, *Revista de la Facultad Nacional de Agronomía*, Medellín, núm. 2, vol. 81, 2008, 337-360.

rural, como una forma industrializada y urbanizada de organización social en el trasfondo, pese a los esfuerzos por incorporar valores más pluralistas y democráticos, a través de nuevas visiones y prácticas que incorporen a lo rural como valioso. Ante esta dicotomía, en la mayor parte de los países latinoamericanos, el objetivo del desarrollo rural se ha visto a través del espejo de la urbe, vista esta última como una entidad superior.

De ahí la importancia que tienen los estudios que intentan mayor comprensión del problema como el que ahora se reseña. Por ser éste un texto colectivo con catorce artículos con un abanico representativo de diez naciones, no es una tarea sencilla. El texto nos acerca a regiones rurales poco conocidas dentro de la historiografía contemporánea, en países como Bolivia, Costa Rica o las Antillas, con un aproximación novedosa hacia regiones de mayor difusión historiográfica como Chile, Colombia, Argentina o Brasil. La propia reflexión sobre México se enfoca en localidades donde el estudio de lo rural es reciente o con acercamientos metodológicos innovadores. Esto abre la dimensión de la investigación a múltiples temas de análisis que dan la posibilidad de una lectura con un sentido crítico.

Bajo la coordinación esmerada de Alicia Civera Cerecedo, Juan Alfonseca Giner de los Ríos y Carlos Escalante Fernández, probados investigadores del fenómeno de la educación rural, que participan en el texto con trabajos de reflexión tanto introductorios (Civera) como de conclusión y análisis (Alfonseca y Escalante), todos propositivos, críticos y de valoración general del trabajo, la lectura del texto adquiere una dimensión significativa para la historia de la educación. Afirma Escalante que

Como objeto de estudio histórico, la educación rural latinoamericana constituye el acceso a una ventana privilegiada desde la cual mirar de otras maneras, los sistemas educativos de nuestros países: en su gestación incierta y en su desarrollo contradictorio, caracterizado por logros, fracasos y retrocesos, también permite observar la presencia de algunos actores fundamentales de la conformación de cada país, por último, ayuda a repensar la viabilidad histórica de alternativas educativas para los sectores populares, diseñadas por los gobiernos o gestadas desde estos mismos sectores (p. 492)

Efectivamente, las ventanas se abren con la colaboración de los trabajos que se incluyen como una propuesta de miradas novedosas que ofrecen puntos de observación académica enriquecida dentro de los planteamientos observados por los coordinadores del texto.

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando las luchas independentes habían concluido y los estados nacionales comenzaban a tener características diferenciadas, la educación rural, en la mayoría de ellos, fue parte de las preocupaciones y proyectos políticos. El texto parte de la premisa de la distinción histórica, que tiene en consideración la mirada de las afinidades compartidas en una tradición colonial. Los diferentes artículos analizan el desarrollo de las escuelas rurales en el ámbito geográfico de las naciones independientes, con todo lo que implica: similitudes y diferencias dadas en función de historias políticas, económicas y sociales diversas, aunque con puntos de confluencia interesantes que hacen posible la realización de un análisis comparativo. Tarea difícil si consideramos que la historia de lo rural es producto de una reproducción y construcción material, cultural y simbólica de la sociedad que se estructura a partir de las relaciones sociales que se establecen en cada localidad y con los grupos vinculados con cada medio; así, cada familia, cada ritual, cada costumbre, región o escuela, se debe reconocer como inserta en su propio entorno, con cosmovisiones propias, prácticas cotidianas, estilos de vida, significados y percepciones que mucha de la historiografía que observa la región, generaliza.

La perspectiva que ofrece este texto permite establecer la diversificación y la pluralización de lo que parece empíricamente semejante. La riqueza del texto está precisamente en que permite observar desde una perspectiva singular, un complejo tema generalizado en la extensa región latinoamericana con todas sus distinciones geográficas, históricas o culturales. Sin embargo, el esfuerzo de los coordinadores por ofrecer una visión comparativa nos permite ampliar el conocimiento sobre la realidad educativa rural latinoamericana desde la diversidad de enfoques metodológicos que cada uno de los artículos presenta. Así mismo, permite construir hipótesis más amplias que rompen la visión autorreferente de lo local de los historiadores participantes; frente a trabajos similares de otros países o regiones, ofrece un “efecto desprovincializante” que libera

y abre perspectivas.² Estas visiones regionales sobre temas similares, aunque vistas con perspectivas diferenciadas, permiten identificar nuevos problemas, plantear reflexiones posibles y generalizaciones plausibles. Así mismo, una aproximación como ésta a la historia de la educación en los campos latinoamericanos, abre la perspectiva para adoptar un enfoque interdisciplinario que permitirá ampliar y profundizar la mirada sobre el desarrollo escolar en las ruralidades desde diferentes enfoques.

Las preguntas que se responden o cuando menos quedan apuntadas en el texto son múltiples: algunas de ellas tienen que ver con quiénes tienen interés en impulsar la educación en el campo; en qué sitios y porqué la impulsaron; a qué sectores sociales esta educación ha beneficiado con el tiempo; cómo ha impactado la educación rural en el desarrollo de las regiones; cómo ha ido penetrando en las comunidades a través de dos siglos la escuela rural; en qué se distingue la educación impartida en los siglos XIX y XX con la actual, frente al desarrollo de las nuevas tecnologías; qué métodos y pedagogías se han puesto en operación y cuáles de ellos pueden considerarse como exitosos; en qué se distingue la educación rural de la urbana en momentos y espacios diferenciados; cómo se ingenian los maestros rurales para realizar una práctica docente en estos ámbitos carentes de posibilidades y recursos económicos y de formación docente; cómo se abordó el problema de las lenguas indígenas, el bilingüismo de muchas comunidades latinoamericanas; quiénes quedaron excluidos de una educación que, ya de por sí, era para marginados sociales; qué importancia tuvo la enseñanza agrícola para estas comunidades en ámbitos de desarrollo capitalista; cuáles eran las capacidades del Estado y los intereses de la población a la que pretendían capacitar; cómo se ha integrado la formación de alumnos con las responsabilidades laborales en el campo; cómo se han adecuado los tiempos laborales agrícolas con la asistencia a la escuela; cómo ha frenado la educación rural las migraciones hacia las ciudades como parte de un proyecto demográfico en las diversas regiones nacionales. Éstas son sólo algunas de muchas cuestiones que los artículos investigan, sugieren y abren a la discusión latinoamericana.

² Jurgen Kocka, "Comparison and beyond", *History and Theory*, núm. 42, febrero de 2003, 39-44, 41.

Algunos de los planteamientos que dan los diferentes artículos y que pueden ser generalizables para toda la región son: la falta de recursos económicos; locales improvisados; escasez de profesores preparados; carencia de sistemas de supervisión; inconsistencia en los tiempos de permanencia en la escuela; inasistencias temporales por la actividad laboral infantil; carencia de medios y vías de comunicación; distinciones de género; problemas de índole magisterial o sindical; patrones educativos uniformes de enseñanza en la ciudad y el campo. Aunque tal vez lo más indicativo y novedoso está en las diferencias regionales, de las muchas que se plantean: como la enseñanza agrícola sólo en algunas de estas escuelas –Argentina, México–; la creación de normales a raíz de la educación rural –Brasil–; el desarrollo de métodos pedagógicos para el ámbito rural –Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana–; la importancia que esta educación tuvo para las elites –Chile, Bolivia–; la necesidad de arraigar a las comunidades rurales para evitar la emigración a las urbes –Brasil–.

Ante la dificultad de entrar en el análisis de cada uno de los artículos que serán, sin duda, referencia obligada en el estudio de la problemática escolar en los campos latinoamericanos, sólo haré referencia a un asunto que muestra la complejidad que tratan. Me parece interesante la reflexión de cómo algunas de las escuelas sobrevivieron en regiones donde la escritura sólo adquirió valor como herramienta para poner en contacto a la comunidad rural con el Estado centralizador, y abrió la posibilidad de modificar formas de dominación regional; entender esta complejidad de situaciones culturales muestra la dificultad de penetración escolar en ciertos lugares. Sin duda, en los siglos pasados la escuela tuvo un significado muy distinto para los campesinos, bastante lejano a los intereses de las elites en las ciudades. Sólo mediante el conocimiento del pasado y del desarrollo que estas ruralidades tuvieron en relación con el poder se puede comprender el “sentido simbólico” que la educación adquirió en cada comunidad, que sólo es posible explicar si “se ubica como un proceso construido desde abajo”, tal y como lo señala Civera (p. 18).

Trabajos comparativos e interregionales como el presente se convierten en una necesidad académica apremiante para entender problemas de solución urgente. La amplitud de visión que nos presenta per-

mite ponderar, desde una perspectiva mucho más profunda que la simple mirada local, la dimensión del dilema, en este caso, el de la escolaridad en las ruralidades de América Latina. Será indispensable repensar los problemas educativos, que todavía aquejan a los países de la región de manera apremiante, con estrategias que permitan una efectiva solución responsable, integradora y, a la vez, respetuosa ante las diversidades étnicas. Sólo después de que se hayan analizado las estrategias exitosas, así como los fracasos inevitables, será posible aventurar nuevas políticas que lleven a las comunidades marginadas en la región elementos de mayor justicia y bien común.

Esperanza Donjuan Espinoza, Raquel Padilla Ramos, Dora Elvia Enríquez Licón, Zulema Trejo Contreras, *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, Universidad de Sonora, 2010, 358 p.

Chantal Cramaussel*

El Colegio de Michoacán

El libro colectivo *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940*, coordinado por Esperanza Donjuan Espinoza, Dora Elvia Enríquez Licón, Raquel Padilla Ramos y Zulema Trejo Contreras, es una más de las publicaciones recientes generadas en Hermosillo (esta vez en el Colegio de Sonora), las cuales marcan la presencia de un activo núcleo de investigadores que se pueden considerar de nueva generación por haberse titulado en los últimos diez años fuera de su tierra natal. Antes de que surgiera ese grupo, la historia de Sonora se elaboraba principalmente en Estados Unidos o en el Distrito Federal (como lo fue de hecho la *Historia General del Estado de Sonora*, publicada en 1985). Algunas tesis doctorales de los representantes de ese grupo, como la de José Marcos Medina Bustos que se cita en casi todos los artículos del libro objeto de esta reseña, está todavía en

* chantal@colmich.edu.mx

curso de edición, y augura una pronta renovación de la investigación histórica en el Noroeste de México.

Sonora es el estado más indígena del norte de la república mexicana. Alberga sociedades como la yaqui, mayo, seri, pima o pápago, cuyas historias está aún en vías de construcción. En este libro se tratan episodios de la historia de esos grupos, en particular, de los yaquis, en menor medida, de los mayos y de los ópatas, todo ello después de la expulsión de los jesuitas en 1767.

Los artículos, en general, tienden a abarcar periodos largos en los que la época colonial suele ser la menos trabajada. Los cuatro primeros textos, sin embargo, remiten cuando menos en parte al virreinato novohispano. José Marcos Medina Bustos habla del pueblo de indios como imaginario social, creado sobre bases que no eran las prehispánicas por vivir los indios en asentamientos dispersos. Sin embargo, los nativos reivindicaron su pertenencia a esos pueblos coloniales para preservar sus comunidades ante los embates del liberalismo. María del Valle Borrero y Jesús Dénica Velarde tratan de los indígenas que se enrolaban en las tropas de indios auxiliares a partir de las reformas borbónicas. Esperanza Donjuan se centra en la fiscalidad, a partir de un ejemplo, el del tabaco, que no fue gravado en el caso de los yaquis por formar parte de sus rituales. Con el artículo sobre secularización de los pueblos de misión y su transformación en parroquias entre 1767 y 1890, Dora Elvia Enríquez Licón sigue paso a paso ese proceso en lo que es ahora el estado de Sonora. Raquel Padilla Ramos evoca la revuelta yaqui de Juan Banderas en 1825. Zulema Trejo estudia el uso de los términos de nación y territorio entre los yaquis y los ópatas de 1831 a 1876. Los vínculos entre etnia y territorio entre los mayos son analizados por Patricia Vega. La retórica que sustentó la política de exterminio de los yaquis en 1902 es objeto del artículo de Guadalupe Lara y Emanuel Meraz. El estudio de Patricia del Carmen Guerrero de la Llata tiene por objeto la bibliografía escrita en tiempos porfirianos por Ramón Corral acerca del rebelde yaqui Cajeme. Concluye el libro con el texto de Ana Luz Ramírez Zavala acerca de la última campaña militar contra los yaquis en 1929.

Los artículos están ordenados de manera cronológica y aportan luz sobre aspectos interesantes y a veces poco o mal estudiados, por ejem-

plo, la secularización de las misiones, en la que se diferencian el yaqui y el mayo de las demás regiones donde el mestizaje fue más acelerado como entre los ópatas o los pimas. Lo que une todos los artículos es “El imaginario social” anunciado en el título general del libro. Este concepto se basa en las teorías de Cornelius Castoriadis. Si bien ese autor es un referente en los textos de psicoanálisis, filosofía, sociología y antropología, rara vez se hace mención de su obra en los textos de historia.

Vale la pena ubicar a ese intelectual en su época. Cornelius Castoriadis nació en la Constantinopla, todavía griega, en 1922 y desde 1946 vivió en Francia donde murió en 1997. Trabajó en la OCDE y ocupó una cátedra en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París a partir de 1980. Fue un crítico del comunismo después de haber militado en sus filas y reflexionó también acerca del capitalismo y de la “pérdida de significados” que acarreó el desarrollo de ese sistema. Se le atribuye el lema de “La imaginación en el poder” de la primavera francesa del 68. Pretendió ofrecer una nueva visión de la sociedad y de su evolución, lo que hizo de él un teórico, en particular, de los cambios sociales. *La institución imaginaria de la sociedad*, publicada por primera vez en francés en 1975 es su obra más conocida. Del “magma imaginativo” individual y social saldrían las transformaciones que desembocan en la significancia institucional, y sería el abandono de esas significaciones imaginarias el principal causante de la crisis de fines del siglo xx. Castoriadis fue antiautoritario, crítico de la democracia occidental y partidario de los afanes de “autonomía” cambiantes que resultarían tanto del poder creativo individual como del de los grupos sociales. A mi entender, estos conceptos tan generales no propician la investigación, sino que, al igual que el marxismo de hace veinte años, crean una retórica, la cual se puede aplicar a cualquier objeto de estudio en la que la interpretación global ocupa un lugar privilegiado. La introducción de conceptos filosóficos atemporales no impulsa la investigación histórica, sino que la inhibe. La historia se convierte en una suerte de continuo discursivo que pretende ser dinámico y en el cual todo es cambio y resignificación, pero no se precisan ni momentos, ni coyunturas, ni secuencias cronológicas claras.

En el libro *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales de Sonora, 1767-1940*, todos los autores tratan de retomar los postulados

de Cornelius Castoriadis en la introducción y en la conclusión de sus respectivos trabajos. Así, los indios invocaban el imaginario impuesto por los jesuitas para defender las tierras que les habían sido asignadas durante la época virreinal, y para perpetuar la organización social que les había sido impuesta en los pueblos de misión. Es decir que con el tránsito a la república, el orden social al que los habían reducido los conquistadores fue reivindicado. Ésta fue una reacción a la política liberal que compartieron muchos grupos indígenas después de la Independencia y no veo en este punto ninguna necesidad de recurrir a Castoriadis.

Para hablar de la nueva organización defensiva en Sonora bajo los borbones se cita en la introducción la críptica reflexión de Castoriadis:

cada sociedad instaaura las condiciones y las orientaciones comunes de lo factible y de lo representable, gracias a lo cual se mantiene unida, por anticipado y por así decirlo por construcción, la multitud indefinida y esencialmente abierta de individuos, actos, objetos, funciones, instituciones en el sentido segundo y corriente del término que es en cada momento y concretamente una sociedad.

Todo esto para decir que hubo en particular ópatas que decidieron a veces colocarse del lado de las fuerzas reales para combatir a los apaches que amenazaban sus pueblos. Sin embargo, no se puede afirmar que las “fuerzas auxiliares” o compañías de indios amigos provengan de las reformas borbónicas, existieron desde el principio de la colonización, puesto que participar en la guerra contra los infieles era parte de las obligaciones de los indios sometidos a la Corona.

Cuando se habla de la fiscalidad como “una red de instituciones y significaciones no recreadas en el Yaqui” se parte de la idea equivocada que sostiene Ignacio del Río acerca de la ausencia de la tributación en el norte de México, cuando en realidad ésta sí se instituyó sólo que mediante trabajo forzado. Los indios fueron sometidos a este sistema que fue factor de desarticulación de su sociedad bajo el orden colonial.

Tampoco está clara la reconfiguración del “imaginario indígena” después de la secularización. En cuanto a la búsqueda de la autonomía se reduce en ese libro a procesos de resistencia que no tienen un objeti-

vo muy claro. Pero los autores no sienten la necesidad de definirlos, ya que consideran, siguiendo a Castoriadis, el cambio social como producto de tendencias no conscientes de los actores y grupos sociales. Lo que sí me parece claro es que el sistema de repartimiento, resignificado o no, siguió en marcha como lo he demostrado en un artículo reciente en el caso de Álamos. Sería necesario averiguar cómo y desde cuándo la organización política de los yaquis permitió que surgieran entre ellos mayores posibilidades de réplica a la invasión de sus tierras y a la exacción de mano de obra. Los yaquis conformaron el grupo indígena del norte de México más explotado durante la época colonial y las cosas no cambiaron después de la expulsión de los jesuitas. Miles de indígenas fueron llevados a trabajar lejos de su tierra de origen como lo muestra la formación de “barrios yaquis” en los principales reales de minas del septentrión novohispano como Rosario, Parral y Chihuahua. Sus rebeliones, finalmente, no fueron exitosas y como se recuerda en este libro, continuaron las deportaciones masivas en los siglos XIX y XX, esta vez a Yucatán y a los lugares donde estuvieron combatiendo los yaquis a la fuerza en el ejército mexicano. Las tendencias a la autonomía de los yaquis y su fiereza son parte de un imaginario historiográfico sonoreense que se sostiene en observaciones que carecen de fundamento histórico. La historia colonial de los yaquis es una tarea pendiente.

Es sano desde luego emprender investigaciones sobre periodos largos de tiempo, siempre y cuando no se caiga en anacronismos ni se eche mano de fuentes que no corresponden a la época de estudio. Un historiador no puede apoyarse en entrevistas ni en fuentes del siglo XXI para saber de una rebelión de principios del siglo XIX. Todos los conceptos, incluso el de “autonomía” deben ser colocados en el contexto de la época, de la cual hay que respetar también el vocabulario si se quiere hacer una historia de las ideas o de los proyectos políticos. Y “autonomía” es un concepto de cuño reciente. Tampoco hay tradiciones “inmemoriales” como nos lo quieren hacer creer a veces los académicos. Lo mismo se puede decir de la “nación” que no es un término del siglo XIX, sino que es muy frecuente encontrarlo en la época colonial, ya que los españoles lo usaron para dividir a los grupos indígenas como a ellos les convenía, como creo haberlo demostrado en el caso de la Nueva Vizcaya central, donde las encomiendas correspondían para los espa-

ñoles a otras tantas “naciones” indígenas. En el caso de Sonora, no hay ningún sustento histórico para distinguir a los mayos de los yaquis más allá de la división de las misiones jesuitas. Esto es algo sobre lo cual se necesita también mayor investigación en el Noroeste. Del mismo modo, resulta muy difícil hablar de “territorio” en sociedades que se dedicaban en parte a la caza recolección y estaban dispersas como lo señala Zulema Trejo en el caso de los ópatas. En cuanto a los mayos, no estaban aglutinados solamente alrededor del río del mismo nombre, sino que la toponimia cahita en la antigua jurisdicción del real de Álamos muestra que se ubicaban en asentamientos que llegaban cuando menos hasta el río Sinaloa.

El análisis de texto, en el que se basan los autores de los últimos capítulos del libro, forma parte de la clásica crítica de fuentes, del análisis del discurso, del estudio de las representaciones o de la simple contextualización histórica. Pretenden tener por objeto el “imaginario social” o la “resignificación social”, pero me parece que esos términos no aportan nada más acerca del conocimiento del pasado, sino que introducen una retórica que contribuye a la opacidad de la lectura para los legos.

Norma Ojeda de la Peña y María Eugenia Zavala-Cosío, coords., *Jovenes fronterizos/Border Youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, Mexicali, El Colegio de la Frontera Norte, Conacyt, 2011, 397 p.

Gail Mummert*

El Colegio de Michoacán

En el cierre del siglo xx y comienzo del xxi, el interés de gobiernos, la academia y el público en general se volcó sobre dos grupos extremos de edad: los adultos mayores y los niños y adolescentes. Generalmente considerados dependientes de los adultos trabajadores, las personas de la tercera edad y los jóvenes han alcanzado, sin duda, mayor visibilidad y peso político alrededor del mundo. Ello se explica en tér-

* gmummert@colmich.edu.mx

minos de tendencias demográficas y sociales. Para empezar, son cohortes de una magnitud sin precedente: según el Censo de Población del 2010, en México por cada 100 personas en edad productiva había 62 en edad considerada dependiente. Además, el auge de políticas públicas diseñadas en el marco de los derechos humanos ha subrayado que es tarea de toda la sociedad velar por los más desprotegidos.

Con respecto a la juventud, el dilema de educarla y guiarla hacia una vida adulta productiva y plena ha sido una preocupación milenaria, una que ha ido adquiriendo mayor urgencia en un mundo globalizado donde altas tasas de desempleo, políticas neoliberales de reestructuración económica y política así como diversas manifestaciones de violencia ensombrecen las oportunidades educativas y laborales para las nuevas generaciones. México, con una población menor de 30 años que alcanzó los 62 millones en 2010 (55 % de la población total del país), no es la excepción. Se requiere saber: ¿cuáles son las expectativas de estos jóvenes en cuanto al trabajo, el estudio y la formación familiar? ¿Cuáles medidas deberían implementarse para prepararlos para la transición hacia la adultez?

Este libro colectivo, producto de una investigación llevada a cabo en la franja fronteriza entre Tijuana y San Diego en 2006 y financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del gobierno mexicano, aporta muchas respuestas a estas interrogantes para una porción de la población joven urbana entre los 15 y los 29 años. Se inserta en un corpus creciente de estudios enfocados en los jóvenes, sus presentes y sus posibles futuros, alimentado en gran medida por encuestas específicamente enfocadas en la juventud y costeadas por instancias gubernamentales. El gremio de los demógrafos ha abonado significativamente a esta literatura. Aunque este texto surge de dicha disciplina, Norma Ojeda, la principal investigadora del proyecto, quien es socióloga y demógrafa, se propuso una mirada interdisciplinaria hacia los y las jóvenes fronterizos. Con colaboraciones de catorce colegas más (mayoritariamente mujeres como suele suceder en el campo de los estudios sobre las familias mexicanas), Ojeda y su mancuerna en Francia la demógrafa María Eugenia Zavala-Cosío integraron una obra que se apoya exitosamente en fuentes, metodologías y disciplinas diversas. El equipo francomexicano aprovecha, sobre todo, los conocimientos so-

ciodemográficos, pero también los de la estadística, la sociología, la psicología, la antropología y la geografía.

Aunque se echa de menos en el texto información biográfica acerca de los colaboradores para aquilatar la empresa interdisciplinaria e intercontinental, la originalidad de esta obra radica precisamente en esta combinación feliz de miradas y en su gran amplitud temática. En trece capítulos, ordenados en cuatro grandes rubros, aborda, primero, los patrones demográficos regionales como telón de fondo para comprender las expectativas movilizadas por los jóvenes en su apuesta por la superación personal, así como sus perspectivas sobre los roles de género. En tercer lugar, indaga sobre los rituales sociales que marcan el paso de la adolescencia a la adultez y la generación de múltiples identidades. Finalmente se exploran temas del ejercicio de la sexualidad y prácticas de anticoncepción, un campo que empezamos a vincular con el abanico cada vez mayor de maneras de formar pareja y de establecer un hogar familiar.

Entre los tres aportes de la colección en su conjunto, destaca, en primer lugar, su mirada sobre la formación de las familias fronterizas como un proceso entrecruzado por movimientos migratorios y la búsqueda de oportunidades de empleo y educación en una economía globalizada. Subrayando la peculiaridad de esta próspera y contradictoria región en vilo, donde los significados de familia, juventud y relación de pareja están constantemente reformulándose a un ritmo vertiginoso, se exploran varios tránsitos para llegar a ser adulto. La frontera se hace presente como “punto de encuentro de las sociedades mexicana y norteamericana” (p. 13), pero también es evidente su porosidad. La pesquisa conduce a los investigadores de Tijuana a San Ysidro, National City y Chula Vista del otro lado, pero también a Querétaro como botón de muestra de “lo no fronterizo”. Es suma, se aprecia el esfuerzo del equipo de investigación por lograr un tratamiento transfronterizo y no lineal de la transición hacia la adultez: la visión ofrecida se asemeja más a un camino de vericuetos, moldeado por los vaivenes de los mercados mundiales y cambiantes matrices de valores morales.

Un segundo aporte general es la atención prestada a las desigualdades de género, al yuxtaponer las dificultades que enfrentan unos y otras para salir adelante y llegar a ser una persona adulta. Si bien, la frontera

norte de México es un crisol de cambios de ideas, estilos de vida y comportamientos vinculados al hecho de que la inmensa mayoría de los jóvenes estudiados sean hijos de migrantes o migrantes ellos mismos, estas “inequitativas condiciones de género” (p. 13) no son privativas de esta región de “traslape cultural y lingüístico” (p. 193). Así, adquieren una relevancia mayor fenómenos tales como el desmantelamiento de la posibilidad que no la ideología del hombre proveedor único, la centralidad de la maternidad, paternidad y la familia en los proyectos de vida de los jóvenes, la extensión del periodo de educación escolarizada para mujeres y hombres, y el posicionamiento de las mujeres a la vanguardia de los cambios culturales en los roles de género. Este *leitmotiv* es expresado por uno de los autores, Humberto González, así: “Tijuana constituye un escenario privilegiado para el estudio de los diversos procesos sociodemográficos relacionados con los jóvenes, fenómenos que si bien ocurren de igual forma en otras entidades, aquí se adelantan, magnifican o se hacen más nítidos que en el resto del país” (p. 40). Otra autora, Carole Brugeilles, es aún más tajante al caracterizar al contexto fronterizo como “un acelerador de las evoluciones sociales” (p. 121).

El último aporte notable es el intento por desglosar el tránsito a la adultez en varios subprocesos interrelacionados y más matizados que la secuencia conceptual generalmente utilizada de un paso del estudio al trabajo, de la dependencia a la independencia, de la virginidad al ejercicio de la sexualidad y la capacidad reproductora. El propósito se logra gracias a metodologías retrospectivas que siguen a los individuos durante ciertos tramos de sus trayectorias y postulan los efectos de ciertos eventos demográficos sobre otros. Estas interrelaciones son exploradas a lo largo del volumen, pero más explícitamente en algunos capítulos que en otros. Por ejemplo, mediante el recurso a encuestas especializadas, la demógrafa Marie-Laure Coubes revela los vasos comunicantes entre la vida escolar y la laboral (lo que ella llama la transición Escuela/ Trabajo) mientras que Yolanda Palma y Arturo Reding se preguntan por el efecto de la permanencia en el sistema escolar sobre la edad al tener la primera relación sexual y el primer embarazo entre las adolescentes de Tijuana. La inclusión, al final de prácticamente cada capítulo, de gráficas y cuadros presentando los datos arrojados por los análisis estadísticos le permite al lector acercarse al proceso de construcción de

las distribuciones de cifras y coeficientes de los modelos de regresión que sostienen las interpretaciones ofrecidas por los autores. Las tipologías y figuras conceptuales también contribuyen a la transparencia del proceso investigativo y a la innovación metodológica.

En cada uno de sus grandes apartados, el libro presenta hallazgos de la mayor relevancia, y a veces un tanto sorprendentes. Por ejemplo, en términos de la demografía fronteriza, a pesar del descenso secular en la fecundidad como en el resto del país, en la franja norte se mantuvo un patrón de formación temprana de familias. Sin embargo, las contribuciones sugieren un matiz importante pues abonan a la imagen de una ruptura generacional: la joven a la búsqueda de una relación de pareja menos dependiente del varón que la que ellas observaron en la relación de sus progenitores. De hecho, el libro parece adoptar casi exclusivamente la voz de las jovencitas, aunque la introducción siembra cierta confusión respecto a la población objetivo del estudio, al brincar de las adolescentes a los jóvenes (entendido como hombres y mujeres).

En cuanto a las aspiraciones de superación y los roles de género, se muestra que las chicas fronterizas de hoy día son la punta de lanza de modificaciones culturales importantes pues aspiran a “una realización y valoración personales fuera del matrimonio” (p. 122) sin abandonar el deseo de formar pareja y ser madres algún día. Según la demógrafa Carole Brugeilles, el cambio actitudinal intergeneracional entre las tijuanaenses es evidente: la mayoría de las jóvenes rechazan “el modelo tradicional que implica la prioridad del matrimonio sobre los estudios” (p. 118). En un estudio comparativo entre Tijuana y Querétaro basado en grupos focales con jovencitas de nivel bachillerato llevado a cabo por la socióloga Silvia López, se confirma este giro. Entre ellas afloraba un discurso emancipatorio: valoraban la formación para el trabajo como una manera de enfrentar la eventualidad de que el marido les saliera irresponsable, percibiendo el estudio como vía hacia el ejercicio de una profesión, una meta que valoran para alcanzar la independencia y el reconocimiento social y para mejorar su relación de pareja (p. 139).

El bilingüismo entre los jóvenes fronterizos, la construcción de identidades híbridas y múltiples, los simbolismos de la quinceañera (entendido como rito de paso femenino a la etapa de noviazgo) y los significados de vivir en unión libre con una pareja sexual son temas

tratados en un rubro heterogéneo que intenta establecer un esclarecedor contrapunto transfronterizo. Las contribuciones, a cargo de investigadoras formadas en la psicología, los estudios chicanos, la antropología y la sociodemografía, se adentran en el terreno pantanoso de la construcción relacional de un sentido del yo en la adolescencia y de las interacciones sociales con los pares y los progenitores como elementos para entender la transición hacia la adultez. Más que cualquier otra sección del libro, ésta se apoya en entrevistas, debates y grupos focales con las sujetas de estudio para captar sus percepciones acerca de cambios identitarios y en las relaciones de género e intergeneracionales. Vuelve a relucir uno de los hilos conductores del volumen: la transmisión de generación a generación de valores expresados verbalmente, los cuales orientan comportamientos demográficos y sociales observables y eventualmente medibles.

La última transición abordada en el cuarto rubro, la entrada a una vida sexual y sus posibles consecuencias de embarazo o enfermedades, es tratada nuevamente mediante entrevistas y grupos focales y no grandes encuestas. Los autores, particularmente Rosas, lanzan algunas recomendaciones para programas de educación sexual y comunicación entre padres e hijos que sean culturalmente sensibles a las poblaciones latina y mexicana. El recurso al análisis de discurso es muy necesario, atinado y novedoso para estos acercamientos cualitativos a un campo escabroso donde convergen los deseos, anhelos futuros, relaciones de poder, la salud mental y física, y los derechos humanos.

Al señalar ciertas limitaciones de este volumen, el afán es abonar hacia avenidas insuficientemente analizadas en esta colección sin menospreciar los considerables aportes empíricos y metodológicos que logra. Primero, la exploración de identidades étnico-raciales (mexicana, mexico-americana, latina) por medio de la autoadcripción resulta superficial y poco informada por una literatura abundante desde los estudios culturales, sociológicos, literarios y antropológicos. Segundo, la decisión metodológica de buscar una homogeneidad en cuanto a la clase social impide un análisis comparativo de este eje primordial de diferenciación (se adscriben según la pertenencia: “pertenecientes a los sectores de clase social urbano-populares en ambos lados de la frontera”, p. 19) e invita a incorporarlo en futuros estudios. Tercero, permea

el volumen una visión esencialista y color de rosa de “la familia mexicana, solidaria y tolerante, ofrece siempre un amparo asegurado” (p. 15). Es presentada como una agrupación monolítica, libre de conflictos, que siempre ayuda a los suyos. Hubiera sido importante tomar una distancia autocrítica ante hallazgos tales como el siguiente: “los y las jóvenes valoran altamente la unión (ellos) y la maternidad (ellas), aun arriesgándose a uniones y embarazos tempranos, sabiendo además que siempre contarán con el apoyo familiar en caso de encontrarse en situaciones difíciles” (p. 17). Tal posición va inclusive a contracorriente de la diversidad de formas familiares que el libro documenta. Cuarto, la comparación con Querétaro (sitio de las pruebas piloto del proyecto) como zona no fronteriza anunciada desde la “Introducción” queda limitada a tres capítulos, desafortunadamente sin comunicación entre sí (López, Martínez, Rosas).

Finalmente, la ausencia de unas conclusiones al volumen, le resta no sólo coherencia, sino también impacto social, pues, se desaprovecha la oportunidad de lanzar recomendaciones para la formulación de políticas públicas en materia de educación, empleo, sexualidad y paternidad responsable. Algunos autores tibiamente incluyen propuestas al final de sus contribuciones, pero no hay un esfuerzo colectivo en este sentido. Igualmente se pudo haber abogado por el financiamiento de nuevas encuestas y fuentes de información que permitirían seguir avanzando en nuestra comprensión de los entreverados tránsitos hacia la categoría social de “adulto”. Este volumen inicia dignamente el desbroce.